

# Formación ciudadana desde la UCAB

*Alfredo Sardi*

Simplemente haré una reflexión sobre el tema de la construcción de ciudadanía. Todo está dicho en las anteriores exposiciones. Pretender construir ciudadanía desde la universidad es posible si consideramos que tal propósito comporta la educación cívica como una función propia de la universidad. Pero ¿qué es la ciudadanía? Podemos ver la ciudadanía como un contrato social, o como una exigencia de tipo moral. En el primer caso, consiste en acuerdos, pautas, instituciones que consensuamos para compartir la vida y darnos a todos y cada uno, las necesarias oportunidades para la realización de nuestros particulares fines, sin que nos estorbemos demasiado. Los ciudadanos hacemos de hecho un acto de fe y esperamos que nuestros derechos sean defendidos y garantizados por las instituciones en la ciudad en que vivimos. Al fin y al cabo, es un acto de fe que nuestros derechos van a ser promovidos y van a ser garantizados. Pero al mismo tiempo, todo ello comporta una exigencia moral: hacemos un compromiso de cumplir con unos deberes que están precisados y que están también promovidos por esas instituciones que nos conforman y constituyen como sociedad.

Ser ciudadanos es ser hombres libres, responsables y conscientes que es lo propio del ser humano, no nos realizamos como humanos al margen de la sociedad. Ser ciudadanos es ser hombres plenamente. Entonces ese contrato es de carácter moral, es un contrato en donde la sociedad nos posibilita realizarnos plenamente, es un contrato en donde nosotros podemos darle a la sociedad lo

mejor de nosotros en ese acto de realización. Realizarnos, desarrollarnos como seres conscientes, libres y responsables que es lo propio de lo humano, que es lo moral, tiene que ver no tanto con preguntarnos cuánto esperamos de la vida, sino cuánto espera la vida de nosotros; no importa qué esperamos de la sociedad en que vivimos, sino cuánto espera la sociedad en la que vivimos: lo que nosotros podemos ofrecerle.

Antanas Mockus, exalcalde de Bogotá, hizo célebre la frase suya: “Ciudadano es aquel capaz de confiar en desconocidos”. Siendo como somos, el país con mayor desconfianza en América Latina, ¿qué implica esa “capacidad” para nosotros actualmente? Cuando venía para acá un profesor me informó de algo que ocurría en Caracas: la comitiva de motorizados en un entierro, cerró una calle y atracó a todos los conductores de los vehículos... además, rompió vidrios y abolló carrocerías.

Entonces, formar ciudadanos en la UCAB ha de ser un acto de esperanza: esperanza en la posibilidad de una sociedad cada vez mejor. Esperanza en la posibilidad de contribuir con la transformación de nuestra sociedad en una donde se respeten todos los derechos y para todos.

Ahora bien, toda esperanza auténtica implica fe, esa fe que crea instituciones mediadoras entre quienes necesariamente hemos de convivir ligados unos a los otros. Tal cual Ignacio de Loyola, desde la experiencia de su propia espiritualidad y en sus tiempo y espacio, la obra que lo trascendió.

En el documento “Desafíos de América Latina y Propuesta Educativa” de AUSJAL, se nos dice en el artículo 62, que la universidades en América Latina deben contribuir a que las sociedades sean “...más modernas, libres y competitivas para salir de su miseria y dominación”. Esto implica “desarrollar alta calidad científica y un agudo sentido de la Aplicación de los Estudios, a fin de lograr una mayor productividad social en la creación de los bienes y servicios que se requieren para mejorar la calidad de vida de nuestras sociedades. *Se aprende para ofrecer, no se aprende para quedarse con un recurso; se aprende para que ese capital humano forme capital social: cree ciudadanía. Pero además se advierte que en ese permanente intento por lograrlo, deben evitar la inducción de los males y limitaciones de la cultura economicista avanzada*”.

Construir ciudadanía desde el proceso educativo civilizador que hemos descrito, y que es propio de la universidad, implica entonces, mucho más que reproducir o duplicar acríticamente los portentosos avances de la ciencia y la tecnología. Ese mismo desarrollo nos ha llevado a la humanidad hasta calles ciegas opresivas. Corresponde a la comunidad universitaria contribuir a superar esas limitaciones creadoramente.

Confrontar los saberes con las realidades, conduce a un diálogo creador que aprende a separar el grano de la paja y evita los riesgos de envenenar las aguas con las que procuramos calmar la sed en nuestro tránsito por el desierto. De algunos de estos peligros se ocuparán más específicamente y con mayor propiedad los próximos ponentes: la nueva conciencia ecológica que nos convoca a impedir que la idolatría del desarrollo convierta al ser humano en su irremisible esclavo, es uno de ellos.

Justamente de esa cultura “ilustrada” me permito advertir de una incapacidad: la incapacidad de reconocer como sujetos culturales a los pobres. Provistos de saberes e instrumental crítico; podemos hacernos impermeables a otros “saberes”, engreídos con los nuestros... ¡Cuanto podamos aportar al pueblo del que somos mínima parte, dependerá de la capacidad que logremos de aprehender del pueblo, para poder ir a él a servirlo con humildad, escuchándolo y comprendiendo su modo de hacer posible la vida digna donde esta parece imposible!

El teólogo Pedro Trigo SJ, propone un sugerente ejemplo muy pertinente al caso en la introducción de su libro: *Cómo relacionarnos humanizadamente*:

Si un cambio político se lleva a cabo por medios predominantemente militares, la situación que resulte tendrá un componente militar predominante. Si es un líder carismático, el nuevo escenario, tendrá un componente personalista, no tan fácilmente balanceado por el peso de las instituciones. Si es un partido el que lleva todo el peso de la propuesta, parecería que el régimen que advenga será en un grado bastante elevado, una partidocracia. Si el cambio se lleva a cabo mediante movilizaciones sociales, la nueva situación se verá signada por lo social sobre lo político. Si son los actores económicos los que provocaron la caída de lo anterior y el surgimiento de lo nuevo, es normal que lo que surja estará dominado por ellos y los políticos no serán más que sus causa-habientes. Si el cambio ha venido propiciado por discusiones públicas de muchos actores sociales de diversa índole, en base a datos pertinentes y a bases sólidas y a través de ellas los ciudadanos han llegado a formarse una opinión madura de la situación y sus posibilidades, lo que surja de ese proceso tendrá el cuño de la deliberación ciudadana y ella tendrá

que ser tomada en cuenta por quienes hayan llegado al poder, que se verán como sus representantes.

Toda esta visión del ejemplo, nos permite vislumbrar el papel de una comunidad universitaria con “hondura humana” en la construcción de la nueva ciudadanía. Además si esta universidad se hace parte de la sociedad en que interactúa, también la universidad se transforma, pues aprende de la sociedad y se nutre de sus cambios. Y esta relación dialógica tiene que hacer parte del proceso de enseñanza-aprendizaje: todo lo que de significativo ocurra a nivel institucional debe permear toda la comunidad universitaria.

En el caso específico de nuestros estudiantes, tales procesos son materia prima para el propio y personal sentido a sus vidas, pues la conciencia del contexto histórico es imprescindible para el desarrollo de esa espiritualidad que se hace cargo de la razón de ser de cada quien. Cada muchacho en esta universidad, —cada uno de Uds., jóvenes!—, debe responderse las preguntas, ¿para qué existo aquí y ahora?, ¿hacia dónde dirijo mi vida? Quienes los acompañamos en su desarrollo comprendemos que, con la suma e integración de múltiples y plurales biografías y tal como lo expresara don Mario Briceño Iragorry desde su exilio en 1952., “La Historia seguirá su curso, y alguna generación recordará nuestro dolor”.

Es así como cobra su valor la propia identidad, (que puede llamarse UCABista, ignaciana o como gusten) pero que nunca sea la “talla única” para la verdad y la vida; sino más bien el método, necesariamente propio y personal, de aportar más armonía y más organización al proceso siempre fluido de la vida y del conocimiento que la sirve. Más que complacernos con mirar el reflejo de nuestro rostro en la superficie quieta del agua estancada, como Narcisos, de lo que se trata es de hacernos humanos del modo más auténtico posible y por el bien del mundo.